

Rodrigo RUIZ VELASCO BARBA, **Salvador Abascal: el mexicano que desafió a la revolución**, México: Rosa María Porrúa, 2014, 377 páginas. ISBN: 978-60-79239-26-8

Sin duda, lo primero que se puede destacar del libro de Rodrigo Ruiz Velasco sobre la admirable figura del contrarrevolucionario Salvador Abascal es que está excelentemente escrito, pudiéndose seguir el texto a través de una prosa castellana vigorosa, firme y ágil a la vez. Además, como muy bien nos advierte el autor desde las primeras páginas, es esencial acercarse a la figura del contrarrevolucionario Abascal si queremos de esta forma entender de verdad lo que fue la Revolución mexicana.

El libro, por otra parte, se haya también excelentemente estructurado en cuatro partes: la primera dedicada a un estudio del fenómeno general de la Revolución, con mayúsculas, desde la crítica y ataque de los protagonistas de la Contrarrevolución, también general y en mayúsculas. Las otras tres partes forman los capítulos I al III, estando el primero dedicado al combate activo de Abascal en el sinarquismo; el segundo, su labor como intelectual tradicionalista en la editorial Jus, donde cuenta con la consulta de documentos fundamentales del Archivo Manuel Gómez Morín, propietario de dicha editorial; y, finalmente, el capítulo tercero dedicado a la misma faceta intelectual pero en la editorial Tradición, que fundó él mismo y que constituye una importante novedad por haber sido poco estudiada y referenciada.

En esta primera parte, que se identifica como “Estudio preliminar”, el autor nos introduce en todas aquellas fuentes del pensamiento occidental tradicionalista que han dejado sentir sus influencias en el pensamiento y la acción de Abascal, incluyendo en ellas nada menos que a San Agustín, a los franceses De Maistre, Bonald y Barruel, y al español Donoso Cortés. Y Abascal parte de ellos para poder adecuar sus lecciones a la realidad problemática del México revolucionario.

Abascal siempre estuvo comprometido firmemente con la verdad sin hacer concesiones de ningún tipo a la Revolución, y por supuesto, a su variante mexicana que es, valga la redundancia, la Revolución mexicana, o antimexicana como la llamó él mismo. De hecho, eso le llevó a dejar dolorosamente la editorial Jus en 1972 cuando ya no pudo seguir en ella con su labor contrarrevolucionaria. Resulta también muy interesante como Abascal retrotrae la Revolución en México nada menos que a 1767, cuando el rey ilustrado Carlos III expulsó a los jesuitas de todos los territorios españoles, causando un deterioro irreversible en la educación de los mismos, y que es además cuando se oyeron por primera vez los gritos de independencia de España, es decir, de aquellos gobiernos españoles masónicos profundamente anticlericales del siglo XVIII. Y en esto Abascal sigue la estela de sus maestros

contrarrevolucionarios franceses citados en relación a la Revolución francesa y la Reforma protestante.

Resulta especialmente brillante como el autor nos cuenta en el capítulo primero los orígenes del sinarquismo en una sociedad secreta católica denominada Legiones, fundada hacia 1934 con el propósito de contrarrestar lo más posible la acción disolvente y revolucionaria en México de Plutarco Elías Calles, Jefe Máximo de la Revolución como se le llamaba. Sin embargo, como el secretismo casaba mal con la definición católica fue precisamente Abascal uno de los actores principales para que las Legiones se transformaran en 1937 en un movimiento público y abierto que recibió el nombre de Unión Nacional Sinarquista (UNS), propuesto por el propio Abascal. De hecho, él mismo también abogó por que el sinarquismo, que etimológicamente significa “con orden”, en oposición a anarquía, fuera confesionalmente católico y que también respondiera con las armas cuando hiciere falta. Pero como no hubo acuerdo en ello se formaron dos grupos, liderando Abascal el más radical.

Sin duda alguna, el año de 1938 fue clave en la trayectoria vital de Abascal pues habiendo liderado una auténtica rebelión de católicos en el estado de Tabasco, para terminar de una vez por todas con la represión del culto católico en el mismo, lo extendió después, con todo el orden paramilitar posible, pero sin hacer uso de las armas, como método eficaz del sinarquismo en toda la república mexicana. Dicha estrategia, tan

sabiamente concebida por Abascal, y basada en la fuerza de lo *facto*, de los hechos consumados, consiguió que en los siguientes años en otros estados de la república se paliaran en parte las medidas revolucionarias anticatólicas. Y ello le catapultó a ser la primera figura del sinarquismo, convirtiéndolo en un eficaz movimiento destinado a restituir los fueros que legítimamente debían tener los católicos en México.

Además, podemos constatar como el autor del libro utiliza muy sabiamente toda la bibliografía disponible, en la cual se incluye también por supuesto la más actual, para poder describir y enjuiciar con acierto estos difíciles y polémicos momentos de la vida nacional mexicana. Sin ponernos a dar nombres y apellidos, que resultarían comprometedores para todos, el autor desacredita elegantemente algunos tópicos izquierdistas y liberales en la calificación de las acciones de los católicos mexicanos por verse libres del yugo revolucionario. Algunos de ellos, sin duda, son por ejemplo los de fanáticos, obsesivos, radicales, reaccionarios, etc.

El autor también utiliza constantemente toda la obra escrita y publicada por Abascal para ilustrar convenientemente su trayectoria contrarrevolucionaria en lo que se refiere a enfrentar los sucesivos sexenios de los presidentes revolucionarios de México. Igualmente, aporta muy valiosas fuentes de distintos archivos, como el Archivo General de la Nación, así como de distintos periódicos de la época, como *El Sinarquista*, para apuntalar la información que nos proporciona toda la bibliografía utilizada. Y, así-

mismo, para ello ha mantenido una rica comunicación epistolar con los hijos de Abascal e igualmente con Salvador Borrego, autor del polémico libro *Derrota Mundial*.

Acierta también plenamente el autor cuando, rastreando el pensamiento y las acciones de Abascal como Jefe del sinarquismo, coloca al mismo fuera de las doctrinas totalitarias y anticristianas del nazismo y del fascismo, encuadrándolo más bien como un movimiento sustancialmente católico, y aún diríamos tradicionalista, que aspiraba a la construcción de un México hispánico, y por tanto fiel a sus raíces más profundas, el cual estaba tomando las sendas de la perdición revolucionaria. Aunque también se puede decir que el sinarquismo sólo tomó del fascismo y el hitlerismo algunos elementos formales y de imagen, de tipo nacional y patriótico. En este aspecto el autor hace bien en encuadrar al sinarquismo de Abascal en la estela del falangismo y el franquismo españoles.

Resulta muy acertada la utilización por el autor del famoso sociólogo Max Weber, el cual aunque igualmente cometió muchos errores en sus obras, en el presente se encuadra acertadamente a Abascal dentro de lo que Weber llamó el “liderazgo carismático”, como gran conductor de masas para una lucha contrarrevolucionaria, a pesar de que, como él mismo reconoció, al menos para entonces no era buen orador. También resulta muy interesante la consideración del sinarquismo como una auténtica “caballería” o “milicia del espíritu”, al estilo de las antiguas

órdenes militares medievales. Con ello el autor no quiere hacer más que resaltar como el espíritu cristiano fue completamente medular en la esencia del sinarquismo. Y, después de éste, el otro ingrediente medular fue el hispánico, siguiendo la estela trazada por el español Ramiro de Maeztu en su famoso ensayo sobre la *Hispanidad*.

Como bien nos cuenta el autor en el capítulo II del libro, Abascal en 1945, tras el fuerte desengaño que supuso sus experiencias en el sinarquismo y en la Baja California, cambió las trincheras de la acción por las trincheras de las ideas. Esto es, pasó a integrarse en la editorial Jus, dedicada a la difusión del pensamiento católico, nuevo frente en el cual Abascal continuó su batalla contra la Revolución mexicana, o “Contrarrevolución cultural”, como el autor del libro la denomina acertadamente.

En sus años de trabajo en Jus destaca sobremanera como Abascal concedió un papel de primer orden a la Historia, pues como su definición clásica advierte, *Magister Vitae*, es maestra de la vida, y como tal todos los libros que aparecieron en sus dos colecciones más importantes, *México heroico* y *Figuras y episodios de la historia de México*, se dedicaron a contar la verdad histórica de México, pues ella sería el mejor antídoto contra la perversa y desorientadora Revolución mexicana. Es decir, la correcta trayectoria histórica mexicana, vital para el desarrollo presente y futuro, sería trazada en las colecciones de Jus gracias a la ingente labor de guía que tomaba Abascal en dicha

Editorial. Y, por esta razón, los mejores historiadores católicos de México desfilaron por sus páginas, como fueron por ejemplo Bravo Ugarte, Alvear Acevedo, Alfonso Junco, etc.

En dicha labor resultó encomiable el que Abascal ejerciera de estricto censor de todas aquellas obras que fueran a publicarse en Jus, rechazándose, modificándose o aclarándose cualquier aspecto que atentara contra el dogma católico o contra la historia mínima de la Iglesia y de México. Y esto lo hacía Abascal a costa incluso de que por dicha actitud hubiera perjuicios económicos, aunque, afortunadamente, Manuel Gómez Morín siempre respaldó a Abascal en esta tarea, a pesar de que en el campo de la acción política si no opuestos, sí disentían ampliamente.

Gracias a la consulta sistemática que hace el autor del Archivo Gómez Morín se pueden encontrar una serie de cartas entre Abascal y el propio Manuel Gómez Morín enormemente esclarecedoras y enriquecedoras de las batallas ideológicas que sostuvo Abascal con dicho propietario, para que resplandeciera en los libros editados por Jus la verdad histórica de los asuntos tratados. Abascal consideró a esta verdad como esencial misión de la editorial para que el tribunal de la Historia juzgara en su verdadera dimensión a personajes que han sido intocables por la historia oficial, como los presidentes Calles y Cárdenas, pero que la verdad histórica desmitifica completamente exponiéndonos todos sus errores y atropellos. Y era, sin duda, necesaria esta desmitifi-

cación si México tenía que recuperar su auténtica trayectoria histórica y, como ya había argumentado muchas veces Abascal, en ella no podía entrar la de la Revolución mexicana.

Resulta también muy sugestiva la conclusión a la que llega el autor al final del capítulo II, cuando a la pregunta de por qué toleró tanto tiempo Gómez Morín a Abascal en Jus sabiendo de su radicalidad contrarrevolucionaria, contesta que quizá con ello Gómez Morín pretendió alejarlo de la escena política activa en la que pudiera mermar apoyos y votos al PAN. Con todo, Abascal aceptó como providencial la gran influencia intelectual contrarrevolucionaria que desempeñó en Jus. Era otra manera muy valiosa de atacar a la Revolución antimexicana.

Y ya, en el capítulo III, el autor nos cuenta como, en los años finales de su estancia en Jus, Abascal sacó el periódico mensual *La Hoja de Combate* para continuar con su contrarrevolución cultural, aunque en esta publicación se dedicó sobre todo a fustigar las mil hidras venenosas del progresismo religioso, fruto de algunas malas interpretaciones que se dieron del Concilio Vaticano II. Y en ella no dejó títere con cabeza pues, como bien sabemos, hubo muchos títeres, y el autor no deja de mencionar a los más importantes con sus principales obras y publicaciones.

En este mismo capítulo III se nos cuenta como en 1972, siendo ya las desavenencias ideológicas demasiado grandes entre Abascal y Gómez Morín, con toda la plana mayor del PAN,

tuvo Abascal que abandonar Jus para crear ese mismo año la editorial Tradición, en la cual prosiguió, incansable, su batalla cultural contrarrevolucionaria. Se hace necesario afirmar que Abascal siempre se mantuvo fiel a Roma, a pesar de las insistentes y plomizas presiones sedevacantistas. Fue además en esta última etapa cuando el propio Abascal ejerció de historiador con la publicación de doce títulos, en los cuales, fiel a su misión contrarrevolucionaria, desarboló contundentemente a los más significados

mitos de la historiografía mexicana liberal de izquierdas y, por qué no decirlo, también masónica. También en ellos hizo una ardorosa defensa de los siglos virreinales de México, a los que consideró sintomáticamente como su peculiar y especial Edad Media.

En suma, podemos decir que se trata de un libro excelente, imprescindible para conocer con criterio, por supuesto contrarrevolucionario, el auténtico México del siglo XX.

**JUAN RAMÓN DE ANDRÉS MARTÍN**

Manuel AGUILERA, **Compañeros y Camaradas. Las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil española**, Madrid: Actas, 2012, 393 páginas. ISBN: 978-84-9739-124-5

Uno de los factores claves para explicar la victoria de las tropas nacionales en la guerra civil de 1936-1939 fue la división de sus oponentes, y aunque existían obras anteriores que abordaban diversos aspectos de la misma, el libro de Manuel Aguilera que ahora presentamos es el primer estudio sistemático sobre tan interesante y decisivo tema.

El bando republicano, como el bando nacional, aglutinó a lo largo de la contienda a personas de ideología muy distinta, cuyo único nexo de unión era la presencia de un enemigo común, al que se denominaba fascismo o comunismo, sin que ninguna de ambas denominaciones resultara excesivamente acertada, pues los fascistas en España eran irrelevantes antes del comienzo de la guerra (recuérdense los cincuenta mil votos

de Falange Española en febrero de 1936), y el PCE no era sino uno de los grupos más pequeños integrados en el Frente Popular. La división en el seno de esta formación era tan evidente que se mostraba en el programa presentado a las elecciones de 1936, donde no sólo se señalaban los puntos de acuerdo, sino también los de discordancia. Por si fuera poco, comunistas y anarquistas estuvieron en 1931 en contra de la nueva república burguesa, por la que no se consideraban representados, lo que hizo que dentro de la famosa política de "gimnasia revolucionaria", preconizada por García Oliver, los anarquistas protagonizaran diversos alzamientos antigubernamentales durante el bienio socialazañista de la Segunda República, en los que se dejaron centenares de muertos, posiblemente más